

á marcharse, anonadada por este invencible argumento: las mujeres no entienden nada de negocios.

Eva, que había ido allí animada por una vaga esperanza, volvió á recorrer desesperada el camino de Marsac á Angulema; y al entrar en su casa, llegó precisamente á tiempo para recibir la notificación del juicio que condenaba á Sechard á pagarlo todo.

En provincias, la presencia de un alguacil en la puerta de una casa es un acontecimiento; pero hacía ya algún tiempo que Doublón iba con demasiada frecuencia para que el vecindario hablase de ello. Por esta razón, Eva no se atrevía ya á salir de su casa, temiendo oír cuchicheos á su paso.

—¡Oh! ¡hermano mío! ¡hermano mío!—exclamó Eva subiendo precipitadamente las escaleras.—Sólo mereces perdón si se tratase de tu...

—¡Ay de mí se trataba de evitar su suicidio—le dijo Sechard saliéndole al encuentro.

—No hablemos nunca más de ello—respondió cariñosamente Eva.—La mujer que le llevó á ese abismo de París es muy criminal; y tu padre, David mío, es muy implacable... Suframos en silencio.

Un golpecito dado discretamente detuvo alguna palabra cariñosa en los labios de David, y Marión se presentó acompañada de Kolb, diciendo:

—Señora, Kolb y yo hemos sabido que están ustedes muy apurados; y, como tenemos entre los dos mil cien francos de economías, hemos pensado que en ningún sitio estarían mejor colocados que en manos de la señora.

—Sí, de la *señoga*—repitió Kolb con entusiasmo.

—Kolb—exclamó David Sechard,—como no nos separamos nunca, acepto tu ofrecimiento. Lleva mil francos á casa de Cachán pidiendo recibo, y guardaremos el resto. Kolb, que ningún poder humano te arranque una palabra acerca de lo que yo haga, de mis horas de ausencia, ni de lo que yo pueda traer; y cuando te envíe á buscar hierbas, que ningún ojo humano te vea... Mi buen Kolb, procurarán seducirte, tal vez te ofrezcan hasta diez mil francos por que hables.

—Aunque me *ofrecieran* muchos millones, yo no *digula* nada. ¿Acaso no *gonozgo* la *gonsigna militag*?

—Ya estás advertido. Anda, y vete á rogar al señor Pe-

tit-Claud que asista á la entrega de esos fondos en casa de Cachán.

—Sí—dijo el alsaciano,—*espego seg* algún día bastante *guico*, *paga soltagle* una fresca á ese hombre de *gusticia*. No me gusta su *caga*.

—Señora—dijo la gruesa Marión,—Kolb es un buen hombre, fuerte como un turco y manso como un cordero, tanto, que creo que haría feliz á cualquier mujer. El es quien ha tenido la idea de colocar así nuestros ahorros. ¡Pobre hombre! si habla mal, piensa bien, y yo le entiendo siempre. Tiene intención de ir á trabajar fuera de casa para no serles á ustedes gravoso.

—Aunque sólo fuera para recompensar á estas buenas gentes, tendría uno que ser ambicioso—dijo Sechard mirando á su mujer.

Como que á Eva no le asombraba encontrar almas que estuvieran á la altura de la suya, juzgaba aquello muy natural. Su actitud hubiera dado una idea de toda la belleza de su carácter, no sólo á los seres más estúpidos, sino también á un indiferente.

—Mi querido señor, usted será rico—exclamó Marión;—su padre acaba de comprar una quinta, que le ha de producir una gran renta.

En aquella circunstancia, estas palabras dichas por Marión para disminuir en cierto modo el mérito de su acción, ¿no denotaban una exquisita delicadeza?

Como todas las cosas humanas, el procedimiento francés tiene vicios; no obstante, al igual que un arma de dos filos, sirve lo mismo para el ataque que para la defensa. Además, tiene la gracia de que, si dos procuradores se entienden (y pueden perfectamente entenderse, pues no necesitan cambiar dos palabras, sino que les basta observar la marcha del procedimiento), un pleito parece una guerra como la que hacía el primer mariscal Birón, á quien su hijo proponía en el sitio de Rouen un medio de tomar la villa en dos días.

—¿Qué prisá tienes?—le contestó el padre.

Dos generales pueden eternizar la guerra sin llegar á nada en definitiva manejando sus tropas, según el método de los generales austriacos á quienes el Consejo áulico no reprende nunca aunque hagan fracasar una combinación por dejar comer las sopas á sus soldados. Maese Cachán, Petit-Claud y Doublón obraron aún mejor que generales austriacos.

cos, amoldándose á un austriaco de la antigüedad, á *Fabio Cunctator*.

El malicioso Petit-Claud no tardó en conocer las ventajas de su posición. Desde que el gran Cointet garantizó el pago de las costas, se prometió emplear astucias con Cachán y hacer brillar su genio á los ojos del fabricante de papel, creando incidentes que fuesen á cargo de Metivier. Pero, desgraciadamente para la gloria de aquel joven procurador, el historiador tiene que pasar por el terreno de sus hazañas como si anduviese por encima de carbones encendidos. Una sola memoria de costas, como la hecha en París, basta sin duda para la historia de los costumbres contemporáneas. Imitemos, pues, el estilo de los boletines del gran ejército, pues para la inteligencia del relato, cuanto más rápido sea el de los hechos y gestos de Petit-Claud, mejor será esta página exclusivamente judicial.

Citado ante el tribunal de comercio de Angulema para el 3 de Junio, David faltó, y entonces se le notificó el juicio el día 8. El 10, Doublón pidió mandamiento de embargo, al que se opuso Petit-Claud dando á Metivier un plazo de quince días. Metivier, por su parte, encontró este plazo demasiado largo, y el 19 obtuvo un juicio que, notificado el 21, autorizaba para el 22 el mandamiento, para el 23 el auto de prisión y para el 24 el embargo. No obstante, este furor fué aplacado por Petit-Claud, el cual se opuso á él apelando ante la audiencia. Esta apelación, reiterada el 15 de Junio, llevaba á Metivier á Poitiers.

—Vamos—se dijo Petit-Claud,—le entretendremos allí algún tiempo.

Una vez que la tormenta se dirigió á Poitiers, á casa de un procurador que recibió instrucciones de Petit-Claud, aquel defensor de doble cara hizo que la señora Sechard entablase la separación de bienes de David Sechard. Según se dice en la audiencia, el procurador *diligenció* de manera que pudiese obtener un juicio de separación para el 28 de Junio, lo insertó en el *Correo de Charente*, lo notificó debidamente, y el 1.º de Agosto se hacía ante notario una liquidación de los bienes de la señora Sechard, que la constituyeran acreedora de su marido por la débil suma de diez mil francos que el enamorado David le había reconocido como dote en el contrato de matrimonio, y para el pago de la cual

le entregaba el mobiliario de su imprenta y el domicilio conyugal. Mientras que Petit-Claud ponía así á cubierto el haber del matrimonio, hacía triunfar en Poitiers la pretensión en que había basado su apelación. Según él, David debía ser tanto menos responsable de los gastos hechos en París contra Luciano de Rubempré, cuanto que el tribunal civil del Sena se los había cargado, mediante juicio, á Metivier. Este sistema, adoptado por la audiencia, fué consagrado en una sentencia que confirmó las condenas dictadas en juicio del tribunal de comercio de Angulema contra Sechard hijo, omisión hecha de una suma de seiscientos francos de las costas de París, puesta á cargo de Metivier. Esta sentencia, notificada el 17 de Agosto á Sechard hijo, se tradujo el 18 en un mandamiento de pago de capital, intereses y costas, seguido de embargo para el 20. En este momento, Petit-Claud intervino en nombre de la señora Sechard y reivindicó el mobiliario perteneciente á la esposa, debidamente separada. Petit-Claud hizo comparecer á Sechard padre, que se había hecho su cliente por la razón que vamos á decir.

Al día siguiente de la visita que le hizo su nuera, el viñero había ido á ver á su procurador de Angulema, señor Cachán, para preguntarle la manera de recobrar los alquileres comprometidos en el llo en que su hijo se había metido.

—Yo no puedo ocuparme del padre persiguiendo al hijo —le dijo Cachán;—pero vaya usted á ver á Petit-Claud, que es muy hábil, y acaso le servirá mejor que yo.

En la audiencia, Cachán dijo á Petit-Claud:

—Te he enviado al padre Sechard para que te ocupes de él, esperando que estarás á la recíproca.

Entre procuradores, lo mismo en París que en provincias, suelen hacerse esta clase de favores.

Al día siguiente de aquel en que el padre Sechard depositó su confianza en Petit-Claud, el gran Cointet fué á ver á su cómplice y le dijo:

—Procure usted darle una lección al padre Sechard. Es hombre que no perdonará nunca á su hijo el que le cueste mil francos, y este desembolso secará en su corazón todo pensamiento generoso, si llegase á brotar.

—Váyase usted á sus viñas—dijo Petit-Claud á su nuevo cliente.—Su hijo no es feliz. Conque no le mo-

leste usted comiendo en su casa. Yo le llamaré cuando sea tiempo.

En nombre de Sechard, Petit-Claud pretendió que, estando las prensas empotradas, pasaban á ser inmuebles por destino, con tanto más motivo cuanto que la casa servía de imprenta desde el reinado de Luis XIV. Cachán, indignado por cuenta de Metivier, el cual, después de haberse hallado en París con que los muebles de Luciano pertenecían á Coralía, se encontraba en Angulema con que los muebles de David pertenecían á la mujer y al padre (dando lugar esto en la audiencia á dichos muy célebres), citó al padre y al hijo para destruir tales pretensiones. «Nosotros queremos—exclamó—descubrir los fraudes de esos hombres que se fortifican tras la mala fe de una manera formidable, escudándose para defenderse en los artículos más claros y más inocentes del código, y total ¿para qué? para no pagar tres mil francos tomados de la caja del pobre Metivier. ¡Y hay quien se atreve á acusar á los banqueros! En fin, yo pregunto: ¿Es que estamos en tiempos en que se juega á quién roba á quién? Vosotros no sancionaréis una pretensión que equivaldría á que la justicia aprobase la inmoralidad.»

El tribunal de Angulema, conmovido por la hermosa defensa de Cachán, convocó á un juicio contradictorio á todas las partes, por el cual se atribuyó únicamente la propiedad de los buenos muebles á la señora Sechard, se rechazaron las pretensiones de Sechard padre, y éste fué condenado á pagar cuatrocientos treinta y cuatro francos y sesenta y cinco céntimos de costas.

—Lo del padre Sechard es bueno—se dijeron los procuradores.—Ha querido sacar tajada, y le ha tocado pagar.

El día 26 de Agosto se notificó este juicio, y el mandamiento para embargar las prensas y los accesorios de la imprenta el día 28. Se colocaron los anuncios y se obtuvo autorización para poder venderlo todo en el mismo lugar en que se hallaba. Se insertó el aviso de la venta en los periódicos, y Doublón se alabó de poder proceder á la subasta el día 2 de Septiembre. En esta fecha, David Sechard debía legalmente á Metivier la suma total de cinco mil doscientos sesenta y cinco francos y cinco céntimos, sin comprender los intereses, y á Petit-Claud mil doscientos francos y los honorarios, cuyo importe lo dejaba á su consideración. La señora Sechard debía también á Petit-Claud unos trescientos

tos cincuenta francos y los honorarios. El padre Sechard debía sus cuatrocientos treinta y cuatro francos sesenta y cinco céntimos, y Petit-Claud le exigía cien escudos de honorarios. De modo que el total ascendía á unos diez mil francos. Aparte de la utilidad de estos documentos para las naciones extranjeras, que podrán ver por ellos el juego de la artillería judicial francesa, es necesario que el legislador, si es que tiene tiempo á leer, conozca hasta dónde puede llegar el abuso del procedimiento. ¿No se debería dictar una ley que en ciertos casos prohibiese á los procuradores el hacer ascender las costas á una suma igual á la que es objeto del pleito? ¿No hay algo de ridículo en someter una propiedad de una centiárea á las mismas formalidades que una tierra de un millón? Por esta seca exposición de todas las fases por que pasaba este asunto, se comprenderá el valor de las palabras *¡forma! ¡justicia! ¡costas!*, valor que no conocen la mayoría de los franceses. En la jerga de la audiencia, esto es lo que se llama pegar fuego á los negocios de un hombre. Los caracteres de imprenta valían, al precio de fundición, dos mil francos; las tres prensas valían seiscientos; el resto del material hubiera sido vendido como hierro y madera viejos; del mobiliario del hogar se podrían sacar, á lo sumo, mil francos; así es que los valores que pertenecían á Sechard hijo, y que representaban una suma de cuatro mil francos, sirvieron de pretexto á Cachán y á Petit-Claud para unas costas de siete mil francos, sin contar el porvenir, cuya flor prometía hermosos frutos, como se va á ver. Ciertamente que los curiales de Francia y de Navarra, y hasta los de Normandía, sintieron admiración y afecto por Petit-Claud; pero ¿no concederán una lágrima de simpatía á Kolb y á Marión las gentes de corazón?

Durante esta guerra, Kolb, sentado á la puerta de la imprenta en una silla mientras David no le necesitaba, cumplía siempre los deberes de un perro guardián, recibía las actas judiciales, y cuando los carteles anunciaban la venta del material de la imprenta, Kolb los arrancaba tan pronto como el fijador los había pegado, y corría por la villa á arrancarlos todos, exclamando:

—¡Bandidos! *¡atogmentag* así á un pobre hombre! ¿Y llaman á esto *gusticia*?

Marión ganaba por la mañana dos reales dando vueltas á un manubrio en una fábrica de papel, y los empleaba en

el gasto diario. La señora Chardón había reanudado sin murmurar su fatigoso trabajo de enfermera y le llevaba á su hija su salario al final de cada semana. La pobre había hecho ya dos novenas y se asombraba de encontrar á Dios sordo á sus súplicas y ciego á la luz de los cirios que ella le encendía.

El 2 de Septiembre, Eva recibió la única carta que escribió Luciano después de aquella en que anunció la circulación de las tres letras á su hermano, la cual no quiso David que fuese vista por su mujer.

—Esta es la tercera carta que habré tenido desde que se ha marchado—se dijo la pobre hermana sin atreverse á romper el sobre.

En aquel momento, daba de comer á su hijo, pues habiendo despedido por economía á la nodriza, le tenía que alimentar con biberón. Por la carta misma se podrá juzgar la impresión que causaría su lectura, lo mismo á la hermana que al cuñado, el cual fué despertado para esto, pues después de haber pasado la noche haciendo papel, se había acostado al amanecer.

«Paris, 20 de Agosto.

»Mi querida hermana: Hace dos días, á las cinco de la mañana, recibí el último suspiro de una de las criaturas más hermosas que ha creado Dios, la única mujer que podía amarme como tú me amas y como me aman David y mi madre, uniendo á sus desinteresados sentimientos lo que una madre y una hermana no podrían darme: ¡todas la felicidades del amor! Después de habérmelo sacrificado todo, la pobre Coralía tal vez ha muerto por mí, por mí, que no tengo en este momento con qué enterrarla. Ella me hubiese consolado en la vida, y ahora vosotros solos, ángeles míos, podéis consolarme de su muerte. Yo creo que esta inocente muchacha ha sido absuelta por Dios, porque murió cristianamente... ¡Oh, París! Eva mía, París es á la vez toda la infamia y toda la gloria de Francia. Yo he perdido aquí muchas ilusiones, y voy á perder muchas más mendigando el poco dinero que necesito para dar santa sepultura al cuerpo de un ángel.

»Tu desgraciado hermano,

»LUCIANO.»

«P. D.—He debido causarte muchas penas con mi ligereza; pero algún día lo sabrás todo y me excusarás. Por otra parte, debes de estar tranquila. Al vernos tan atormentados á mí y á Coralía, un honrado negociante á quien yo he causado crueles disgustos, el señor Camusot, me dijo que se encargaba de arreglar este asunto.»

—La carta está aún humedecida por sus lágrimas—dijo Eva á David contemplando aquel papel con tanta piedad, que aun parecía brillar en sus ojos algo de su antiguo cariño por Luciano.

—¡Pobre muchacho! ¡cuánto ha debido sufrir si ha sido amado como dice!—exclamó el feliz esposo de Eva.

Y lo mismo el marido que la mujer olvidaron todos sus dolores ante el grito de aquel dolor supremo. En este momento Marión entró precipitadamente, diciendo:

—¡Aquí están! ¡aquí están!

—¿Quién?

—Doublón y sus hombres, el diablo; Kolb se pelea con ellos porque quieren venderlo todo.

—No, no, no se venderá, tranquilícense ustedes—exclamó Petit Claud, cuya voz resonó en la pieza que precedía al dormitorio.—Vengo á notificarles una apelación. Nosotros no podemos permanecer bajo el peso de un juicio que nos tacha de mala fe. Para ganar tiempo, dejé hablar á Cachán, y no me defendí allí porque estoy seguro de triunfar una vez más en Poitiers.

—Pero ¡cuánto costará ese triunfo?—preguntó la señora Sechard.

—Honorarios si ustedes triunfan, y mil francos si pierden.

—Pero, Dios mío—exclamó Eva,—¿no es peor el remedio que la enfermedad?

Al oír aquel grito de la inocencia, iluminada por el fuego judicial, Eva pareció tan hermosa, que Petit-Claud quedó desconcertado.

En este momento llegó el padre Sechard, que había sido llamado por Petit-Claud, y la presencia del anciano en el dormitorio de sus hijos, ocupado también por la cuna de su nieto, que sonreía á la desgracia, acabó de completar aquella escena.

—Papá Sechard—dijo el joven procurador,—me debe usted setecientos francos por mi intervención; pero ya los

cobrará usted de su hijo, añadiéndolos á la suma que éste le debe por alquileres.

El anciano viñero notó la picante ironía que encerraban las palabras de Petit-Claud al dirigirle esta frase.

—Le hubiera costado á usted menos caro el afianzar á su hijo—le dijo Eva, dejando la cuna para abrazar al anciano.

David, anonadado al ver la multitud que se había reunido ante su casa, atraída por la lucha de Kolb y los agentes de Doublón, tendió la mano á su padre sin decirle palabra.

—¿Y cómo puedo deberle á usted setecientos francos?—preguntó el anciano á Petit-Claud.

—En primer término, porque le he defendido á usted, y después, como se trata de sus alquileres, usted es para mí el solidario, en unión de su deudor, y si su hijo no me paga las costas, me las pagará usted... Pero esto no es nada. Dentro de algunas horas querrán meter en la cárcel á David. ¿Lo consentirá usted?

—¿Cuánto debe?

—Cinco ó seis mil francos próximamente, sin contar lo que debe á usted y á su mujer.

El anciano, que era todo desconfianza, contempló el cuadro conmovedor que ofrecía á sus miradas aquel cuarto azul y blanco: una hermosa mujer llorando al lado de una cuna, David anonadado al fin bajo el peso de sus desgracias, y el procurador, que tal vez había sido atraído allí para preparar la escena. Entonces, el anciano creyó que trataban de sacar partido de su condición de padre, temió ser explotado y se fué á ver y á acariciar al niño, que le tendió sus manitas. En medio de tantas penas, aquel niño, cuidado como el de un par de Inglaterra, estaba cubierto con un gorrito bordado, forrado de color de rosa.

—¡Eh! que David salga del paso como pueda—exclamó el abuelo,—porque lo que es yo sólo pienso en este niño. Y espero que su madre aprobará mi conducta, porque David es tan sabio, que debe saber cómo pagar sus deudas.

—Voy á expresar yo en buen francés mis verdaderos sentimientos—dijo el procurador con aire burlón.—Mire, papá Sechard, usted le tiene envidia á su hijo. Escuche la verdad: usted ha colocado á David en la situación en que se encuentra, vendiéndole la imprenta por una suma tres veces mayor de lo que valía, y arruinándole para que le pagase el precio usurario de la misma. Sí, no mueva

usted la cabeza. El periódico vendido á los Cointet, cuyo importe se embolsó usted, era lo único de su imprenta que tenía algún valor. Usted odia á su hijo, no sólo porque le ha explotado, sino porque ve que vale más que usted. Y ahora finge querer con delirio á su nieto para ocultar la falta de cariño que tiene á su hijo y á su nuera, que le costarían dinero *hic et nunc*, mientras que su nieto sólo necesita su cariño *in extremis*. Usted quiere á ese niño para fingir que quiere á alguno de la familia y no ser tachado de insensibilidad. He aquí la verdad pura, papá Sechard.

—¿Me ha llamado usted, acaso, para que oyera eso?—dijo el anciano con tono amenazador, mirando sucesivamente á su procurador, á su nuera y á su hijo.

—Pero señor, ¿ha jurado usted nuestra ruina?—exclamó Eva dirigiéndose á Petit-Claud.—Mi marido nunca se ha quejado de su padre.

El anciano miró á su nuera con socarronería.

—Y me ha dicho cien veces que usted le quería á su manera—añadió comprendiendo la desconfianza de su suegro.

Siguiendo las instrucciones del gran Cointet, Petit-Claud acababa de enemistar al padre con el hijo, á fin de que el padre no sacase á David de la cruel situación en que se hallaba.

—El día que tengamos á David en la cárcel, será usted presentado en casa de la señora Senonches—había dicho, la víspera, el gran Cointet á Petit-Claud.

La inteligencia que engendra el cariño había iluminado á la señora Sechard, la cual adivinaba aquella enemistad de encargo, como había adivinado la traición de Cerizet. Todo el mundo comprenderá fácilmente la sorpresa de David al ver á Petit-Claud tan enterado de sus asuntos y de sus relaciones con su padre. El leal impresor ignoraba la amistad de su defensor y de los Cointet, y, por otra parte, no sabía tampoco que los Cointet y Metivier fuesen una misma cosa. El silencio de David era una injuria para el anciano viñero; así es que el procurador aprovechó el asombro de su cliente para marcharse.

—Adiós, mi querido David, ya está usted advertido. No olvide que el auto de prisión no puede ser anulado y que esta es la única senda que queda á sus acreedores. De modo que escápese, ó mejor dicho, si quiere creerme, vaya á ver á los hermanos Cointet, que tienen dinero, y asóciese con

ellos para explotar su descubrimiento. Después de todo, son buena gente.

—¿Qué descubrimiento?—preguntó el padre Sechard.

—Pero ¿cree usted que su hijo es tan necio que iba á abandonar la imprenta sin pensar en otra cosa?—respondió el procurador.—Según me ha dicho, está á punto de hallar el medio de fabricar por tres francos la resma de papel que cuesta hoy diez.

—¿Otro lazo más para atraparme?—exclamó el padre Sechard.—Vamos, veo que estáis todos entendidos como ladrones en tiempo de feria. Si David ha encontrado eso, ya es millonario y no necesita de mí. Conque, adiós, hijos míos, buenas tardes.

Y el anciano empezó á bajar las escaleras.

—Piense usted en esconderse—dijo Petit-Claud á David, yéndose detrás del anciano Sechard para exasperarle aún más.

El procuradorcillo encontró refunfuñando al viñero en la plaza de Murier, le acompañó hasta el Houmeau y se separó de él amenazándole con citarle á juicio si no le pagaba las costas en toda la semana.

—Le pagaré á usted si me dice el medio de desheredar á mi hijo sin perjudicar á mi nieto y á mi nuera—dijo el anciano Sechard, dejando bruscamente á Petit-Claud.

—¡Qué bien conoce á la gente el gran Cointet! ¡Ah! ya me lo decía él: esos setecientos francos serán causa de que el padre se niegue á pagar los siete mil del hijo—exclamaba el procuradorcillo mientras subía á Angulema.—Sin embargo, no vaya á dejarme yo engañar por ese astuto fabricante. Y creo que ya es tiempo de pedir algo positivo.

—Bueno, David, amigo mío, ¿qué piensas hacer?—dijo Eva á su marido cuando el padre Sechard y el procurador hubieron salido.

—Pon la marmita grande al fuego, hija mía—exclamó David dirigiéndose á Marión.—Yo me atengo á mi negocio.

Al oír estas palabras, Eva se puso su sombrero, su chal y sus zapatos con febril vivacidad, y le dijo á Kolb:

—Amigo mío, vístase usted para acompañarme, pues es preciso que yo sepa si hay algún medio para salir de este infierno.

—Señor—exclamó Marión cuando Eva hubo salido,—sea usted razonable si no quiere que la señora se muera de

pena. Gane usted el dinero necesario para pagar lo que debe, y luego se podrá entregar á su gusto á buscar sus tesoros.

—Cállate, Marión—respondió David.—Venceré la última dificultad y tendré á la vez un privilegio de invención y un privilegio de perfeccionamiento.

La llaga de los inventores, en Francia, es el privilegio de perfeccionamiento. Un hombre se pasa diez años de su vida buscando un secreto industrial, una máquina, un descubrimiento cualquiera; toma un privilegio, se cree dueño de su obra, y se ve sucedido en la explotación por un competidor que, si él no lo ha previsto, le perfecciona su invento por medio de un tornillo, y se lo quita así de las manos. Ahora bien, inventando una pasta barata para fabricar papel, aún no está hecho todo, porque otros podrían perfeccionar el procedimiento. David Sechard quería preverlo todo, á fin de no ver que le arrancaban una fortuna en medio de tantas contrariedades. El papel de Holanda, nombre que se da al papel fabricado con trazo de lino á pesar de que no se fabrica ya en este país, está ligeramente encolado; pero se encola hoja á hoja mediante una mano de obra que lo encarece mucho. Si fuese posible dar cola á la pasta en el cubo mediante una cola barata (que es lo que se hace hoy, aunque imperfectamente), no habría ya que buscar ningún perfeccionamiento. Hacía ya un mes que David trataba de dar cola en el cubo á la pasta de su papel, descubriendo así dos secretos.

Eva fué á ver á su madre. Por una favorable casualidad, la señora Chardón cuidaba á la mujer del primer sustituto de la audiencia, la cual acababa de dar un presunto heredero á los Minaud de Nevers. Eva, desconfiando de todos los curiales, se había propuesto consultar su situación al defensor legal de las viudas y de los huérfanos, preguntándole si podía librar á David cediendo en su favor todos sus derechos, y esperando así saber también la verdad acerca de la conducta ambigua de Petit-Claud.

El magistrado, sorprendido de la belleza de la señora de Sechard, la recibió guardándole, no sólo las consideraciones debidas á una mujer, sino, además, con una especie de cortésia á la que no estaba acostumbrada Eva. La pobre mujer vió, al fin, en los ojos del magistrado, aquella expresión que, desde que se había casado, sólo viera en Kolb, y que, para las mujeres hermosas como Eva, es el *criterium* con que

juzgan á los hombres. Cuando una pasión, un interés ó la edad hielan en los ojos de un hombre el fuego que se ve en ellos durante la juventud, la mujer desconfía de aquel hombre y se pone en observación. Los Cointet, Petit-Claud, Cerizet y todas las gentes que le habían parecido enemigos á Eva, la habían mirado con frialdad; de suerte que la pobre esposa se sintió inquieta delante del sustituto, el cual, aunque la acogió con amabilidad, no dejó por eso de destruir su esperanza en pocas palabras.

—Señora, no es seguro que la audiencia reforme el juicio por el cual obliga á su marido á entregar á usted los muebles para indemnizarla de su dote, ya que su privilegio no debe servir para cubrir un fraude. Pero, como usted será admitida en calidad de acreedora en el reparto de los objetos embargados, y como su suegro debe ejercer igualmente este privilegio por la suma de los alquileres que se le deben, una vez dictada la sentencia, habrá materia para otras contestaciones á propósito de lo que nosotros llamamos en derecho una *Contribución*.

—¿De modo que ese señor Petit-Claud nos está arruinando?—exclamó Eva.

—La conducta de Petit-Claud se adapta á las órdenes de su marido, que, según dice su procurador, desea ganar tiempo—repuso el magistrado.—A mi juicio, tal vez sería preferible desistir de la apelación, y que usted y su suegro adquiriesen en la subasta los utensilios más necesarios para la explotación; usted, ajustándose á lo que tiene que recibir, y él por el importe de sus alquileres. Pero esto sería llegar al fin demasiado pronto, y lo que los procuradores quieren es explotar.

—Entonces yo caería en manos de Sechard padre, al que tendría que pagar el alquiler de los utensilios y el de la casa, y mi marido quedaría sujeto á las persecuciones del señor Metivier, el cual no recibiría casi nada.

—Sí, señora.

—Así, nuestra posición sería aún peor de lo que es.

—Señora, la fuerza de la ley pertenece en definitiva al acreedor. Ustedes han recibido tres mil francos, y es preciso devolverlos á toda costa.

—¡Oh! señor, ¿nos cree usted acaso capaces de...?

Eva se detuvo al notar el daño que su justificación podía acarrear á su hermano.

—¡Oh!—repuso el magistrado.—ya sé yo que este asunto es obscuro por parte de los deudores, que son probos, delincados y hasta grandes, y por parte del acreedor, que no es más que un testafarro.

Eva, asombrada, miraba al magistrado.

—Ya comprenderá usted que nosotros—prosiguió éste mirándola suavemente,—para reflexionar acerca de lo que pasa en nuestra presencia, tenemos todo el tiempo durante el cual estamos sentados escuchando la defensa de los señores abogados.

Eva volvió á su casa desesperada, al ver la inutilidad de sus pasos.

Aquella misma tarde, á las siete, Doublón fué á notificar el auto de prisión, llegando así á su apogeo las persecuciones contra el inventor.

—A partir de mañana—dijo David,—ya no podré salir más que de noche.

Eva y la señora Chardón empezaron á llorar amargamente. Para ellas, ocultarle era una deshonra. Al saber que la libertad de su amo estaba amenazada, Kolb y Marión se alarmaron tanto más, cuanto que hacía ya tiempo que le juzgaban desprovisto de toda malicia, y temblaron de tal modo por él, que fueron á ver á la señora Chardón, á Eva y á David, so pretexto de saber si podían serles útiles en algo. Llegaron en el momento en que aquellos tres seres, para quienes la vida había sido hasta entonces tan sencilla, lloraban ante la necesidad de tener que esconder á David. Pero ¿cómo librarse de los invisibles espías que desde aquel momento tenían que observar los pasos de aquel hombre tan distraído por desgracia?

—Si la señora quiere espegar un cuagto de hoga, yo voy á hacer un gueconocimiento en el campo enemigo—dijo Kolb.—Voy á hacer que no entiendo, fingiéndome alemán, y como soy un *vegdadego* francés, aun tengo malicia.

—¡Oh! señora—dijo Marión,—déjele usted ir; porque no tiene más ideal que velar por el señor. Kolb no es un alsaciano, es un verdadero perro de Terranova.

—Vaya usted, mi buen Kolb—le dijo David,—aun tenemos tiempo de tomar una decisión.

Kolb corrió á casa del alguacil, donde los enemigos de David, reunidos en consejo, proyectaban el medio de apoderarse de él.

En provincias, el arresto de los deudores es un hecho exorbitante y anormal. En primer lugar, todo el mundo se conoce demasiado bien para que nadie emplee nunca un medio tan odioso. Acreedores y deudores tienen que encontrarse frente á frente toda la vida, y cuando un comerciante medita una vasta quiebra, París le sirve de refugio. París es, en cierto modo, la Bélgica de la provincia, pues existen allí refugios casi impenetrables, y la autoridad del alguacil que persigue expira en los límites de su jurisdicción. Además, existen otros impedimentos casi eximentes, por ejemplo, la ley que consagra la inviolabilidad del domicilio reina sin excepción en provincias, donde el alguacil no tiene derecho, como en París, á entrar en casa de otro para apoderarse del deudor. El legislador creyó necesario exceptuar de esta ley á París, á causa de la reunión constante de varias familias en la misma casa. En provincias, para violar el propio domicilio del deudor, el alguacil necesita un mandamiento del juez de paz. Ahora bien, el juez de paz, que tiene los alguaciles á sus órdenes, es libre de conceder ó negar su concurso. Para alabanza de los jueces de paz, debemos decir que esta atribución les pesa, y que no quieren nunca ponerla al servicio de ciegas pasiones ó de venganzas. Por efecto de las costumbres, que cambian á veces las leyes hasta el punto de anularlas, existen aún otras dificultades no menos graves y que tienden á modificar la inútil crueldad de la ley que condena á prisión por deudas. En las grandes poblaciones existen bastantes miserables y sobrada gente depravada, sin fe ni ley, que se prestan á servir de espía; pero en los pueblecitos pequeños no ocurre lo mismo, pues el que se prestase á tamaña degradación, se vería obligado á abandonar su villa. No siendo, pues, el arresto de un deudor privilegio de los guardas de comercio, como ocurre en París y en los grandes centros de población, se convierte en una labor excesivamente difícil, en un combate de astucia entre el deudor y el alguacil, cuyos inventos han sido á veces objeto de publicación á causa de su malignidad.

Cointet el mayor no había querido mostrarse; pero el gordo, que se decía encargado de aquel asunto por Metivier, había ido á casa de Doublón con Cerizet, que había pasado á ser regente de su imprenta, y cuya cooperación había sido adquirida mediante la promesa de un billete de

mil francos. Doublón contaba con sus dos subordinados; de modo que los Cointet tenían ya tres sabuesos para vigilar su presa. Para llevar á cabo el arresto, Doublón podía también emplear la gendarmería, la cual, según la ley, debe su concurso al alguacil que la requiere. Estas cinco personas estaban, pues, reunidas en el despacho de maese Doublón, situado en el piso bajo de su casa.

Se entraba en el despacho por un ancho corredor embaldosado, que formaba una especie de callejón. La casa tenía una sencilla puerta de dos hojas, en cada una de las cuales se veían los escudos ministeriales, y en el centro de ellos la palabra ALGUACIL escrita con letras negras. Las dos ventanas del despacho que daban á la calle estaban defendidas por fuertes barrotes de hierro. Un cuartito tenía además vistas á un jardín, donde el alguacil, amante de Pomona, cultivaba por sí mismo con gran éxito algunos espaldares. La cocina estaba enfrente del despacho, y detrás de la cocina se veía la escalera por la cual se subía al piso superior. Esta casa se hallaba en una callejuela detrás del nuevo Palacio de Justicia, que estaba entonces en construcción y que no fué acabado hasta el año 1830. Estos detalles son muy útiles para la inteligencia de lo que le ocurrió á Kolb. El alsaciano había imaginado presentarse al alguacil bajo pretexto de vender á su amo, á fin de saber así cuáles serían los lazos que le tenderían y preservarlo de ellos. La cocinera fué á abrir, y Kolb le manifestó sus deseos de hablar de negocios al señor Doublón. Contrariada al verse interrumpida en su labor de fregar, aquella mujer abrió la puerta del estudio del alguacil, diciéndole á Kolb, á quien no conocía, que esperase allí al señor, el cual tenía una conferencia en su despacho. Después de esto, la criada fué á advertir á su amo de que un hombre quería hablarle. La expresión *un hombre* significaba para Doublón un aldeano; así es que dijo:

—Que espere.

Kolb se sentó al lado de la puerta del despacho.

—Vamos á ver, ¿cómo quiere usted proceder? Porque si pudiésemos cogerlo mañana por la mañana, ganaríamos tiempo—decía Cointet el gordo.

—La cosa me parece que ha de ser sencilla de realizar—respondió Cerizet.

Al reconocer la voz de Cointet el gordo, y sobre todo al

oir estas dos frases, Kolb adivinó en el acto que se trataba de su amo, y su sorpresa aumentó cuando distinguió la voz de Cerizet.

—¡Un muchacho que le debe cuanto es!—exclamó lleno de asombro.

—Hijos míos—dijo Doublón,—he aquí lo que es preciso hacer: pondremos á la gente escalonada á grandes distancias, desde la calle de Beaulieu y la plaza de Murier, en todos sentidos, de manera que podamos seguir al impresor sin que él se aperciba, hasta que haya entrado en la casa en que él se creará escondido; le dejaremos allí algún tiempo, y luego lo encontraremos cualquier día antes de amanecer ó después de anochechar.

—Pero ¿qué hace en este momento? ¿No podría escapársenos?—dijo el grueso Cointet.

—Está en su casa, y si saliese, yo lo sabría. Tengo á uno de mis causídicos en observación en la plaza de Murier, otro en la esquina del palacio y otro á treinta pasos de mi casa. Si nuestro hombre saliese, silbarían, y por medio de esta comunicación telegráfica, yo lo sabría antes de que hubiese dado tres pasos.

Los alguaciles dan á sus ayudantes el sonoro nombre de causídicos.

Kolb no había contado con tan favorable casualidad, y saliendo muy despacito del estudio, le dijo á la criada:

—El *señog* Doublón veo que tiene que *haceg paga gato*. Volvegué mañana temprano á *vegle*.

En su calidad de jinete, al alsaciano se le había ocurrido una idea que fué á poner en el acto en ejecución. Corrió á una casa donde alquilaban caballos, escogió uno, lo hizo ensillar y se fué á toda prisa á casa de su amo, donde encontró á Eva en la más profunda desolación.

—¿Qué hay, Kolb?—preguntó el impresor al ver entrar al alsaciano con aire gozoso y azorado á la vez.

—Está usted *godeado* de pillos. Lo más *segugo* es *escondogse*. ¿Ha pensado la *señoga* en *poneg* al *señog* en alguna *pagte*?

Cuando el honrado Kolb hubo explicado la traición de Cerizet, la vigilancia que había en torno de la casa, la parte que Cointet el gordo tenía en todo aquello y las astucias que tales hombres meditaban contra su amo, David vió su situación iluminada por los más fatales resplandores.

—Los Cointet son los que te persiguen—exclamó la pobre Eva anonadada,—y he aquí por qué se mostraba Metivier tan duro. Son fabricantes de papel, y quieren tu secreto.

—Pero ¿qué hacer para huir de ellos?—exclamó la señora Chardón.

—Si la *señoga* tiene algún *lugag* donde *meteg* al *señog*, yo prometo *llevaglo* allí sin que nadie lo sepa—repuso Kolb.

—No entren ustedes hasta de noche en casa de Basina Clerget. Yo iré á convenirlo todo con ella, y en esta circunstancia, estoy segura de que Basina es otra yo misma—dijo Eva.

—Los espías te seguirán, mi pobre Eva—exclamó al fin David, recobrando su presencia de ánimo.—Hay que buscar un medio de prevenir á Basina sin que ninguno de nosotros vaya allá.

—La *señoga* puede *ig*—dijo Kolb.—He aquí mi combinación: yo voy á *salig* con el *señog*, *paga* que los causídicos nos sigan silbando, y entretanto, la *señoga igá* á casa de la *señoguita Clegget* sin que nadie la siga. Yo tengo *prepagado* un caballo, tomo al *señog* en la grupa, y ni el diablo nos coge.

—Bueno, adiós, amigo mío—exclamó la pobre mujer arrojándose en brazos de su marido.—Ninguno de nosotros podrá ir á verte, porque si no, te descubrirían. Tenemos que decirnos adiós por todo el tiempo que dure esta prisión voluntaria. Tendremos que escribirnos por correo: Basina echará tus cartas y yo te escribiré á su nombre.

A la salida de David y de Kolb se oyeron los silbidos, y los dos fugitivos lograron llevar los espías hasta la puerta Palet, donde vivía el alquilador de caballos. Allí, Kolb tomó á su amo en la grupa, y recomendándole que se agarrase bien, exclamó:

—Silbad, silbad, amigos míos. Me *impogta* un camino *pog* todos vosotros, que *segugamente* no *lograguéis cogeg* á un antiguo jinete.

Y el antiguo jinete picó espuelas, corriendo hacia el campo con una rapidez que puso á los espías en la imposibilidad de seguirles y saber adónde iban.

Eva se fué á casa de Postel con el ingenioso pretexto de consultarle. Después de haber sufrido los insultos de esa piedad que sólo prodiga palabras, salió de casa de Postel y se fué, sin ser vista, á casa de Basina, á quien confió sus